

Alexis de Tocqueville: RECUERDOS DE LA REVOLUCION DE 1948 (*).

Cuando nace el aristócrata francés A. de Tocqueville, la Revolución francesa se encuentra ya consolidada por Napoleón con el consiguiente vencimiento social y político de la aristocracia. Tocqueville se sabía vencido y aceptaba este hecho en todo su alcance histórico, lo cual no quiere decir que estuviese convencido de toda la razón del vencedor. Vencido por la democracia y convencido de que la democracia había triunfado definitivamente, no era, sin embargo, un demócrata, sino un liberal, y del liberalismo se sirve contra la democracia, al mismo tiempo que le ofrecía como una posibilidad de salvación. Asimismo, el liberalismo era para Tocqueville el medio de salvar una idea aristocrática, sin incidir en el racionalismo, lo mismo que era su modo de ser moderno sin entregarse a la democracia.

Este ponderado y nada fácil equilibrio entre liberalismo y democracia —que en definitiva es la tensión entre libertad e igualdad que pretenden hallar su consagración en los artículos de la Declaración de Derechos de la Revolución francesa— constituye el drama político de los tiempos modernos, que tiene en Francia su principal escenario, y en que Tocqueville, que lo encarnó y vivió con toda intensidad, un personaje principal y un historiador objetivo de todos los actos de la representación. Tocqueville es historiador brillante y objetivo de la realidad cuyos hechos «expone»; es sociólogo perspicaz que sin perder de vista la originalidad histórica de lo que analiza, lo hace con una visión comparativa, que no contentándose con la mera exposición le lleva a una satisfactoria «explicación»; y, es también, filósofo político que sabe «valorar» acertadamente los hechos. Si a esta triple dimensión añadimos su condición de hombre político activamente en la azarosa vida política con intervenciones destacadas y, a veces, decisivas como parlamentario y ministro en los años que nos va a relatar, tendremos en Tocqueville no sólo un testigo de excepción, sino un primer actor del drama revolucionario, mejor, de ese período revolucionario al que se contrae el contenido de los *Recuerdos* sobre unos acontecimientos históricos tan apasionantes como los que se inician en febrero de 1848 y se extienden hasta octubre de 1949.

El libro que presentamos es una especie de «diario» de lo

(*) Edición preparada por Luis Rodríguez Zúñiga, Editora Nacional, Clásicos para una Biblioteca Contemporánea, Madrid, 1984, 327 págs.

que su autor ya viendo y viviendo cada día y que, sin un propósito inicial de que fuese publicado, quiso que fuese fiel reflejo, no adulterado, de los acontecimientos «bien observados» por él. «No es mi propósito —dice— el de remontarme en mis recuerdos más allá de la revolución de 1848, ni traerlo más acá de mi salida del ministerio, el 30 de octubre de 1949. Sólo dentro de esos límites tienen cierta grandeza los acontecimientos que yo quiero describir y, por otra parte, es en ese tiempo, asimismo, cuando mi situación me permitió observarlos bien». No quiere, sin embargo, hacer la historia de la revolución de 1848, sino «redescubrir la huella de mis actos, de mis ideas y de mis impresiones a lo largo de aquella revolución». Y esta descripción de los acontecimientos y el redescubrimiento de sus ideas sobre los mismos, lo hace con una gran objetividad expresamente reiterada: «Yo digo verdades muy duras a menudo, a la sociedad francesa de nuestros días y, en general, a la Sociedades Democráticas», porque «estoy obligado a decir a mi país lo que es mi convicción profunda y meditada».

A quienes atribuyen a Tocqueville pasiones partidistas contesta éste diciendo: «sólo tengo opiniones; o mejor, sólo tengo una pasión, el amor por la libertad y por la dignidad de la persona humana». No pretende tampoco Tocqueville servir ni combatir a ningún partido político, sino más allá de lo que ellos ven», y así «mientras ellos se ocupan del mañana, yo he querido pensar en el porvenir». Tocqueville enfoca la problemática política como historiador que «percibía el futuro con una claridad de visión que no se tiene más que tomando en consideración el pasado». Con razón se ha dicho de él que es el más importante historiógrafo del siglo XIX. Todo el acontecer histórico que desemboca en la Revolución francesa y el que de ésta arranca se ilumina y aclara a la luz del tema fundamental de la libertad y de la igualdad, no como conceptos abstractos, sino vistos en su dramático problematismo. Según Tocqueville en el antiguo régimen están los gérmenes de la obra revolucionaria. Esta se dirige contra el espíritu aristocrático del antiguo régimen, en el que radicaba una fuente viva de la libertad; pero, en cambio, continúa la obra positiva de ésta: la centralización, que no pereció con la Revolución porque ella misma era ya el comienzo de esta Revolución y su precursora. El antiguo régimen era un régimen de libertad; cuantitativamente, de mayor libertad, aunque cualitativamente de una libertad distinta, pues era una libertad irregular e intermitente, siempre unida a la idea de excepción y de privilegio. La Revolución francesa es una rebelión

antiaristocrática para implantar la libertad y la igualdad, pero matándose, en cierto modo, las fuentes de la libertad, porque rotos los vínculos de casta, de clase, de corporación o de familia, los hombres propenden en tales sociedades con irresistible inclinación a retraerse en un individualismo estrecho que mata todas las virtudes públicas. Pero si los hombres y los pueblos aman sin duda alguna la libertad, aman con más intensidad la igualdad, en la libertad o fuera y contra ella, en un creciente igualitarismo entre los hombres, que ahoga la fuente viva de la libertad, que es la personalidad. Los hombres —había dicho Tocqueville— habían querido ser libres para hacerse iguales, y a medida que la igualdad se establecía con ayuda de la libertad les hacía menos asequible esta última.

Para Tocqueville, la Revolución francesa de 1789 es el marco de una lucha encarnizada, que se prolonga, entre el antiguo régimen, sus tradiciones, sus recuerdos, sus esperanzas y sus hombres representados por la aristocracia, de una parte, y la Francia nueva, capitaneada por la clase media, de otra; «no hay más que una sola revolución, una revolución que es siempre la misma a través de fortunas y pasiones diversas... que, según todas las probabilidades, nosotros no veremos concluir». A un período de esa «revolución continua» es a la que Tocqueville va a dedicar estos *Recuerdos*, la revolución de 1848. Como observador de excepción de esta revolución, Tocqueville nos relata, con agilidad periodística y en forma amena, esta serie de veinte crónicas y siete apéndices, desde julio de 1850 hasta junio de 1851, que comprenden las tres partes en que se divide el libro que presentamos.

Con certera visión y honradamente preocupado por la observación del ambiente que ve, cada día más amenazador y próximo, advierte ya en 1847 y en un discurso parlamentario a principios del 1848, como signos precursores de esta revolución que, frente a la pasiva languidez, impotencia, inmovilidad y tedio de los gobernantes, comenzaba a manifestarse con síntomas febriles e irregulares en las clases obreras en las que sus pasiones políticas se iban convirtiendo en pasiones sociales; que poco a poco entre ellas se iban extendiendo unas opiniones, unas ideas «que no aspiran sólo a derribar tales leyes, tal ministerio, incluso tal gobierno, sino la sociedad misma, quebrantándola en las propias bases sobre las cuales descansa», porque tiene una visión del mundo radicalmente distinta: es el socialismo, que quedará como el carácter esencial y el recuerdo más temible de la revolución de febrero. Tocqueville —comenta Ro-

dríguez Zúñiga— percibe sin vacilación que se trata de la primera revolución socialista y es bien consciente de que, a partir de entonces, el socialismo (por el que siente hostilidad) será un componente fundamental de los movimientos revolucionarios. Y cuando tales opiniones —sigue diciendo Tocqueville en la Asamblea— echan raíces y se extienden de un modo casi general, cuando penetran profundamente en las masas, «tienen que traer, antes o después, las revoluciones más terribles». Esta sería advertencia de Tocqueville a los gobernantes respondía no sólo a la realidad, todavía un tanto agazapada, sino a la convicción profunda y meditada de Tocqueville, que éste se creía obligado a decir a su país: «que las costumbres públicas se degradan, que la degradación de las costumbres públicos os llevará, en un tiempo breve, próximo tal vez, a nuevas revoluciones».

No se equivocaba Tocqueville, y antes de un mes de cuando dio este diagnóstico, la revolución de febrero de 1848 había estallado y la violencia más despiadada estaba en las calles de París, el gobierno había caído y poco después el rey había abdicado, acaso porque, como el mismo Tocqueville había predicho, la causa real y eficiente que hace que los hombres pierdan el poder es que se han hecho indignos de ejercerlo; lo peor en este caso no es que el gobierno hubiese sido derribado, sino que era el poder mismo el que estaba por los suelos. Y esto es lo que preocupaba seriamente a Tocqueville: que el movimiento que se imprimía a la máquina política le parecía demasiado violento para que el poder pudiese detenerse en los partidos intermedios (a los que él pertenecía) y que, en su opinión, acabaría cayendo muy pronto en unas manos que entonces le resultaban tan hostiles como las propias manos a las que ahora les era arrebatado.

Acerca del juicio sobre las causas de la revolución de 1848 y de sus ideas sobre sus consecuencias, Tocqueville afirma que esta revolución, como todos los grandes acontecimientos de este género, nació de unas causas generales y de unos accidentes que la provocaron; y tan superficial sería hacerla derivar necesariamente de las primeras, como atribuirla únicamente a los segundos. La revolución industrial que había convertido a París en la primera ciudad manufacturera de Francia y atraído a toda una nueva población de obreros; el ardor de los goces materiales que excitaba a toda aquella misma multitud; el resquemor democrático y la envidia que la minaba; las teorías económicas y políticas que tendían a hacer creer que podrían suprimir los males y la pobreza cambiando de base a la sociedad; la centralización

y el desprecio hacia la clase que gobernaba; la movilidad de las instituciones, de las costumbres y de los hombres en una sociedad agitada por siete grandes revoluciones, sin contar con un gran número de pequeñas conmociones secundarias: esas fueron las causas generales sin las que la revolución de febrero habría sido imposible. Y los principales accidentes que la provocaron fueron, según Tocqueville, las torpes pasiones de la oposición dinástica, que preparó una sedición al querer hacer una reforma; los errores y el desorden mental de aquellos gobernantes, tan incapaces de consolidar lo que habían debilitado; y, por último, la súbita y extraña postración senil del rey Luis-Felipe, que no había previsto ni hecho nada por desbaratar aquella revolución.

Tocqueville, que había pasado su juventud en medio de una sociedad que parecía hacerse próspera y grande, al hacerse libre; que había concebido la idea de una libertad moderada, regular, contenida por las creencias, las costumbres y las leyes; a quien los atractivos de esa libertad le habían conmovido, y cuya libertad se había convertido en la pasión de toda su vida y de cuya pérdida creía que jamás se consolaría, ahora veía claramente que tenía que renunciar a ella. Sabía que si una gran revolución puede instaurar la libertad en un país, la sucesión de varias revoluciones hace imposible, en él, para mucho tiempo, toda libertad regular. Y es que la Revolución francesa vuelve a empezar, porque siempre es la misma.

EMILIO SERRANO VILLAFANE.

Manuel de Santa Cruz: APUNTES Y DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DEL TRADICIONALISMO ESPAÑOL, 1939-1966 (*).

Después del fallecimiento del Generalísimo Franco (20 de noviembre de 1975) han ido apareciendo libros que de diversas maneras —memorias, biografías, relatos, reportajes—, ofrecen noticias de la política española entre los años 1936-1975. Todos los grupos políticos e ideológicos están publicando la historia de sus actividades —más o menos sumergidas— en estos años. No podía faltar en esta promoción bibliográfica alguna referencia a la Comunidad Tradicionalista, que después de un brillante

(*) Tomo I (año 1939), 2.ª ed., Zamora, 1984, 198 págs. Pedidos a Stella, Ayala, 21, 28001 Madrid.